



## La Canción de las horas

(A Manuel de la Parra.)

En las tardes sonoras  
cuyos ecos destilan un piadoso letargo  
que revive quimeras, miro pasar el largo  
desfile de las horas.

Es como si una danza de ideal argumento  
que la vida construye y que acompasa el viento,  
desarrollara un ciclo de escenas misteriosas  
en el vasto escenario de las cosas.

Un preludeo divino  
prepara el corazón. Un repentino  
asombro mueve el alma y dispone la mente...

Y surge una inocente  
forma que se adelanta con ritmos concertados,  
ambas manos al pecho y los ojos vendados.  
¿De qué abismo profundo  
viene, solemne y grave, en la gloria del mundo?  
Sobre la frente bella,  
la luz solar diluye un despuntar de estrella...  
Es la hora en que el alma fué tan sólo un gemido  
enigmático y breve. Y pasa sin ruido  
con un andar sonámbulo por la terrena alfombra.  
En plena luz, parece que camina en la sombra.

Un dulce són anuncia la presencia  
de otra figura blanca. Brota como una esencia  
de candor a su paso. Va vestida de nieve,  
y cuando toca el mundo, a su pisada leve,  
las sendas son jardines  
en floración de lirios y jazmines.  
¡Hora de la blancura!  
¡Hora de la fragancia!  
El ambiente se puebla de besos de ternura  
y de risas de infancia.  
Sol matinal inicia  
un halo de virtud y de caricia.

Hay un lánguido arrullo  
bajo el palio sin mancha de la comba del cielo,  
y hay en cada capullo  
un despliegue de ala y un augurio de vuelo.  
¿Quién es aquella virgen coronada de rosas  
del color de su veste? ¿Qué célica armonía  
va siguiendo sus pasos en la calma del día?  
A la tierra sonrío, y su risa es un canto,  
y se verguen sus senos bajo el virgíneo manto  
en loca rebeldía.

La acompaña una turba de alados y pequeños  
niños que son la imagen de los primeros sueños.  
Y va la adolescencia triunfadora,  
y el sol pone en las cumbres pintadas de aurora.

Una augusta visión viene más tarde...  
El sol domina y arde  
con sus más claras lumbres; los follajes espesos  
de la selva encantada dicen cantos y besos.  
Y el soberbio homenaje de las almas saluda  
a una blonda doncella que camina desnuda  
con los brazos abiertos por el campo sonoro,  
cuatro veces manchada con estigmas de oro.  
Un zumbo de cantáridas  
aturde y enloquece... En las arenas áridas  
hay un brote sangriento de rubias amapolas  
que instalan el lascivo rubor de sus corolas.  
El viento, en la encendida  
fulguración del sol, quema la vida.

Y sigue la serena  
hora de los crepúsculos. Un rumor de colmena  
insinúa de lejos un meditar profundo,  
y la piedad humana ante el dolor del mundo  
llueve sobre la tierra al caer de las hojas...  
En un volar risueño  
de nubecillas rojas,  
más alto que la vida va el ensueño.  
Sobre la enhiesta cima aparece la noble  
hora otoñal y santa;  
ciñe en la frente el lauro, lleva en la mano el roble  
y el abrojo en la planta.  
Y la fuerza se afianza sobre el temblor del suelo  
como un himno solemne del reposado vuelo.

Un rumor de campanas  
vibra como un anuncio en las torres lejanas.  
Una estrella furtiva  
lucha con la penumbra pensava.  
Hay un compás de espera  
en la alucinación de la pradera,  
y el espíritu augura  
la llegada imprecisa de la hora futura...

En las tardes sonoras  
cuyos ecos destilan un piadoso letargo  
constelado de sueños, miro pasar el largo  
desfile de las horas...

Enrique GONZALEZ MARTINEZ.